

EL HORROR DE NACER

LOS primeros en hablar del trauma del nacimiento fueron los psicoanalistas. Encontraron, o creyeron encontrar, sus huellas en adultos conflictivos. Nada se olvida, o, mejor dicho, nada se olvida en el inconsciente. Una censura propia nos evitaría recordar la angustia, el horror de nacer, pero toda nuestra actitud posterior estaría impregnada por ese tremendo suceso: el abandono de la máxima situación de protección a la que puede llegar el ser humano, que es la del claustro materno, por un mundo exterior donde todo es lucha. En el claustro materno le viven a uno; fuera tiene uno que «vivirse». Algunos psicoanalistas creen que en el canapé de sus consultas han conseguido hacer brotar recuerdos del momento de nacer; muchos que han practicado la hipnosis aseguran que han despertado recuerdos de la vida intrauterina. Y en los casos más elevados de imaginación se cree que el hombre es capaz de «recordar» escenas o sucesos que han sucedido antes, y aún mucho antes, de su nacimiento. Es la obsesión de quienes conjugan la biología genética con la psicología profunda: los factores genéticos tendrían, según ellos, una memoria propia que serían capaces de transmitir a la memoria colectiva del conjunto de células especializadas que llamamos hombre. Más acá del mundo de la fantasía, ciertas actitudes físicas humanas, las conocidas con el nombre de posturas fetales (piernas y brazos encogidos, espina dorsal arqueada), se consideran como un regreso a la situación intrauterina como busca de protección. Otros creen que es simplemente una reducción de la superficie exterior para protegerse del frío, o para ser menos visibles en caso de amenaza exterior. Nada está todavía muy claro.

De todas maneras, el hecho de nacer es de una enorme violencia. Cualquiera que haya presenciado un parto lo sabe. Las modernas técnicas del parto sin dolor —que no cesan de estar en entredicho por parte de numerosos científicos— han suavizado un poco esa violencia. Se dice que el método es un retorno a la Naturaleza, al desarrollo de las acciones naturales de la hembra de la especie, atrofiadas por la civilización. No solamente por la civilización, que ha maleducado su cuerpo, sino por formas de terror inspiradas por las culturas en torno al origen de la vida y al acto que las produce. De todas maneras, el parto sin dolor ahorra violencia en la madre, pero es muy poco el ahorro de violencia en el recién nacido. Si la mujer pare con dolor, o con el menor

dolor de los diversos sistemas que pueden aplicarse al parto, el recién nacido nace con un inmenso dolor. El doctor Frederick Leboyer, en Francia, cree que este dolor físico puede desaparecer, y debe desaparecer.

Hay que hacer una distinción muy clara entre el trauma del nacimiento descrito por los psicoanalistas y el dolor de nacer, la violencia de nacer, tal como la explica el doctor Leboyer en su libro «Pour une naissance sans

distinguen una claridad rosada cuando ésta se expone al Sol desnuda. Este ser dotado de acuidad visual lleva meses en la oscuridad; sale de pronto a un quirófano iluminado por proyectores de gran intensidad. El doctor Leboyer emplea una metáfora: la del toro encajonado, sometido a la oscuridad, que de pronto irrumpe al sol de la plaza: siente una inmensa furia. El recién nacido, al llegar al quirófano nota, sin ninguna duda, los ojos quema-

ras, se hablan a gritos y dirigen a gritos los impulsos de la madre, que chilla a su vez. En el interior del claustro materno ha recibido los sonidos como los peces dentro del agua; de pronto, le ataca una enorme barahúnda. Automáticamente se lleva las manos a las orejas, a la cabeza. Está enloquecido.

El tacto: Su piel es enormemente sensible. Es nueva. Está acostumbrada a recibir una gran finura de sensaciones. El tacto rudo de las manos del partero le hierde: se le deposita en una báscula de acero inoxidable, y esa piel nota como una quemadura inmediata. Las telas que se han preparado para envolverle, por finas y delicadas que sean, representan una aspereza enorme.

La temperatura: A pesar de su calor, el quirófano es frío para el recién nacido, en comparación con el vientre de la madre. Las ropas están frías, las manos que le tocan lo están también; el

Pablo Barbén

violence» (Seuil, París, 1974). Para el psicoanalista, el nacimiento crea el «shock» del paso de una situación de protección a otra de semilibertad, de lucha, y presta sobre todo atención a los primeros meses de existencia. Para el doctor Leboyer es un problema esencialmente fisiológico, que sin duda dejará huellas psicológicas en el futuro. Y este problema está agravado, o quizá artificialmente creado, por nuestra civilización y por la forma en que se practica el nacimiento en las clínicas maternas, en los quirófanos. En gran parte está influido por filosofías orientales, que buscan en el acto tal como lo ha programado la Naturaleza una perfección de la que carece por los sucesivos aditamentos científicos. No debemos ocultar que, a pesar de nuestra escasa confianza en las técnicas creadas por el hombre, no siempre encaminadas hacia un verdadero bien o hacia una mejora real, aún mantenemos una creencia general en que la lucha de la especie contra las condiciones tiránicas de la Naturaleza y la falta de definición de una noción satisfactoria de la Naturaleza como algo imperfectible nos inclinan siempre hacia las posibilidades del progreso. Sin embargo, lo que describe en su libro el doctor Leboyer es lo suficientemente claro como para ser comprendido. Su estilo dramático no era necesario.

Se suele creer que el ser que nace es escasamente sensible. Es, por el contrario, de una enorme sensibilidad. Y todo lo que encuentra en el mundo exterior al que llega le hierde inmediatamente.

La vista: Es un error —dice el doctor Leboyer— creer que los niños recién nacidos no ven. Lo que ocurre es que no distinguen las imágenes, no las relacionan con nada conocido. Pero su vista es enormemente sensible. Incluso en el claustro materno, a través del vientre de la madre,

dos. Cerrar los ojos no le basta: los párpados no le protegen suficientemente.

El oído: Igualmente, su oído es de una gran sensibilidad. Y el quirófano está lleno de ruidos que le hieren inmediatamente. Médicos, comadronas, enferme-





El hecho de nacer es de una enorme violencia. Pero, ¿es inevitable el calvario que lo acompaña? El doctor Leboyer lo niega y explica cómo ha de ser evitado. Entre otras cosas, propone que se deposite al niño, aún con el cordón umbilical, en el vientre de la madre, que es su sustentáculo natural. La madre debe entonces acariciarle, imitando de manera natural las contracciones que sintió el niño dentro del útero.



El frío del acero de la báscula es insoportable para él.

El equilibrio: El feto vive en suspensión en el líquido amniótico. No tiene noción de su propio peso. No ha sentido nunca la gravedad. Sin embargo, apenas nace se le suspende por un pie, cabeza abajo. El vértigo y el miedo deben ser inmensos. Como los que se sienten en las pesadillas cuando se cae en el vacío. Al mismo tiempo, su cuerpo se distiende de una manera brutal: los flancos, la columna vertebral, las extremidades, notan de repente ese tirón inmenso que es el de su propio peso. Y en esa circunstancia, el partero le propina un azote, para que respire.

La respiración: Hasta entonces, el nuevo ser ha respirado por vía umbilical. Durante un tiempo después del nacimiento, el cordón le sigue proporcionando el oxígeno, pero empieza a recibirlo también por la boca y las narices. Los bronquios, los pulmones sin estrenar, son de una sensibilidad enorme: el aire exterior, al entrar en bocanadas, y por la reacción del lamento o del grito provocado por el azote, es demasiado rápido, demasiado violento. La sección del cordón umbilical la siente como una amputación y, al mismo tiempo, como una pri-

vación de la vía acostumbrada del oxígeno.

La soledad: Apenas terminadas estas operaciones, el niño queda abandonado en una mesa del quirófano, desde donde se le lleva al «nido». Es su primera sensación de soledad, de abandono. Se siente desvalido y nadie acude a acompañarle.

Toda esta serie de agresiones del medio que va a ser de ahora en adelante el suyo provocan, no se sabe bien por qué, la hilaridad y el contento de quienes le rodean. El niño grita, y todos ríen. El niño llora, y todos son felices. Ese pequeño ser al que todos rodean, hacen muecas, dan gritos; ese pequeño ser en torno al cual todo el mundo ríe y es feliz, está viviendo una espantosa aventura, una serie de dolores físicos inenarrables. Y la angustia y el miedo. Pero nadie le comprende.

¿Es inevitable este calvario? El doctor Leboyer no solamente lo niega, sino que explica cómo ha de ser evitado. Y lo practica. En la prensa española se ha dis-

tribuido hace unas semanas una noticia de agencia explicando una intervención pública, filmada, del procedimiento del doctor Leboyer. Su sistema es simple si consideramos que es hacer lo contrario de todo lo que antes se ha señalado como traumatizante.

El quirófano no necesita tanta luz. Puede ser necesaria hasta el mismo momento en que aparece la cabeza del bebé, para evitar rasgaduras en la madre. A partir de ese momento, todos los focos pueden extinguirse, y dejarse en penumbra la sala. La operación debe hacerse en absoluto silencio. Si la madre ha aprendido bien las técnicas del parto sin dolor, o ha sido ayudada por otros medios, no gritará. Los médicos no necesitan aullarse sus órdenes, y pueden entenderse con su personal en voz baja. El cordón umbilical no debe ser cortado hasta que no cese por sí mismo de ser útil; deberá estar funcionando, naturalmente, mientras el recién nacido se acostumbra a la respiración oral. Pero es evidente que el grito ha de serle necesario. No es necesario provocarlo con un azote: surgirá espontáneamente, y no tiene por qué ser un grito de terror, sino algo natural. El niño no llorará: no tiene por qué llorar. Naturalmente, en casos de anomalía, como el del cordón umbilical enrollado, o una falta de respiración, deberá acudir a ese o a cualquier otro medio que facilite la respiración inmediata. Aún con el cordón umbilical, el niño ha de ser depositado en el vientre de la madre, antes hinchado y ahora flácido, que es un sustentáculo natural. La madre debe no sólo sostenerle con sus manos, sino acariciarle e imitar de una manera manual las contracciones que sintió el niño dentro del útero en el último mes del embarazo. Una vez cortado el cordón y separado el niño de la madre, se le sumergirá en un baño caliente a la misma temperatura del vientre materno: no notará el frío exterior y, al mismo tiempo, perderá la sensación de gravedad. Sacándole y metiéndole repetidas veces en el baño irá acostumbrándose lentamente a su propio peso.

Numerosas objeciones se han levantado en torno al doctor Leboyer y su sistema. Una, tradicional, indica que si se ha llegado al sistema actual de partos, abandonando los simplemente naturales, es porque la ciencia y la técnica han ido adquiriendo una sabiduría superior, gracias a la cual se han evitado las antes abundantísimas defunciones infantiles y las maternas. Y que cada una de estas acciones que al doctor Leboyer le parecen infinitas crueldades obedece a algo concreto, y representa un avance en la Medicina. Leboyer cree, sin embargo, que lo que sucede en el quirófano es una repetición inconsciente del nacimiento de cada uno de los actores del drama: todos sufren las mismas angustias, las rememoran y las practican; todos tienen prisa por sacar al recién nacido de su trance, no quieren perder más tiempo, y actúan sin tener en cuenta lo que realmente está sucediendo.

Otra objeción, de tipo moral, es la que indica que el niño debe recibir desde su entrada en el mundo la lección de que la vida es dura. Esparta maltrataba a los niños recién nacidos (aparte de estrellar contra las rocas a los que nacían malformados) para que llegasen a ser buenos guerreros. La misma moral que dice que el dolor es necesario en la madre, incluso para «darse más cuenta» de lo que es un hijo, y porque puede fomentar su cariño hacia él, es la que pretende que el niño debe nacer con dolor propio. Porque la vida es dolor.

El doctor Leboyer se ha encontrado con una dificultad insospechada: la madre. En el silencio y en la oscuridad, las madres se angustian. Si no escuchan el llanto del niño, piensan que está muerto o enfermo, aunque se les haya dicho antes de qué manera va a realizarse la ceremonia del parto. Algo que les cuesta mucho trabajo vencer: poner sus manos y acariciar el cuerpo de su hijo depositado en su vientre. Sienten repugnancia. El recién nacido es viscoso, resbaladizo. Por otra parte, procede del propio interior de su cuerpo, como un excremento, y sobre todo, de las partes sexuales, que desde niña está acostumbrada a saber que son «vergonzosas», que no deben tocarse, que de ellas procede el pecado y el mal. Era algo con lo que Leboyer no esperaba encontrarse, y, sin embargo, supone una gran resistencia a su método. Cree que con una educación previa y presenciando otros partos, en los que vea cómo el recién nacido es feliz —o, al menos, no hace señales de infinita desgracia al nacer—, pueden hacerla cambiar de actitud.

La objeción de que no merece la pena todo este cambio de costumbres porque el nacimiento es «sólo un instante», no la considera válida. Sólo un instante también dura la experiencia de la muerte, y todo el mundo teme ese instante. Por otra parte, el instante de nacer con horror puede dejar —como, regresemos al principio, creen haber encontrado los psicoanalistas— huellas psicológicas durante toda la vida. Puede pensarse que en un inconsciente colectivo de la sociedad del terror en que vivimos, no se trata de que el niño se prepare para las asperezas de la vida, sino de que nazca ya sometido, acobardado, aterrorizado, capaz de recibir mejor las órdenes que se le vayan a transmitir durante toda su vida...

De estas teorías y estas prácticas a pensar que la vida entera y la sociedad entera pueden transformarse desde el momento en que todos los niños nazcan sin dolor y sin trauma, no hay más que un paso. Un paso teórico, idealista, del que por ahora no hay ninguna prueba. Ni siquiera una sospecha. Los condicionamientos del ser humano son múltiples. La terrible aventura no es solamente el acto de nacer, sino la que sigue en los meses inmediatos —los meses clave de los psicoanalistas— y luego en la segunda etapa de los años de adaptación y aprendizaje. Y luego... ■